

«El que tiene piedad del tigre, es un tirano para las pobres ovejas». <sup>(1)</sup>

Lo más apremiante por el momento, es, pues, un remedio serio, general, completo, contra la usura. Con la simple determinación de un interés máximo medio para los pequeños préstamos, no queda terminado todo, ni mucho menos. Tampoco queda hecho todo, si, con un impuesto sobre la bolsa, se constituye una nueva fuente de ingresos, verdadero precio de cada gota de sangre del pueblo. No es precisamente el mal el que hay que imponer y aprobar con este sistema, sino que es preciso atacar al mal. La principal obligación consiste en atacar de firme los antros en que la usura ejerce sus principales devastaciones. El mercado del dinero, ese foco de ruina, debe, pues, ser reducido al derecho y á la ley. ¿Podrá el Estado hacer algo decisivo para poner orden en la situación social? Esto depende, en parte, de su valor y de su fuerza para hacer una incisión en el cáncer de la sociedad. Sólo cuando seriamente haya puesto la mano en este asunto, podrá pensar en emprender la cuarta y última empresa de la legislación sobre la usura, á saber, la reglamentación fundamental de los diferentes empleos del dinero y de los capitales. Nadie negará que esto exige gran conocimiento, así del derecho, como de las circunstancias, gran circunspección y prudencia, gran espíritu de justicia y gran moderación. Ningún hombre prudente aspirará á producir en esto una revolución. Pero la dificultad de la empresa no justifica un aplazamiento inútil, sino que obliga á resolver en justicia tan grave cuestión.

(1) Sadi, *Rosengarten* (deutsch von Graf, 208).

## CONFERENCIA XXV

### MEDIOS MORALES DE SALVACIÓN

1. **Miseria de la situación social.**—Los males actuales son muy grandes. Las relaciones entre el valor y la propiedad son tan inciertas, que apenas pueden serlo más. Poseemos valores de los cuales no podemos formarnos una idea, y que pesan rudamente sobre los más necesarios medios de existencia. Pero son números ilusorios, números que cambian con tanta facilidad y rapidez, que, en una hora, miles de millones pueden desaparecer del mundo, y millares de personas pueden verse sepultadas en el abismo. Lo que llamamos valor, está completamente separado del bien real de valor. La mayor posesión territorial carece de valor, y legajos de papel equivalen á una parte del mundo. La más respetable y antigua propiedad no está segura. Las familias más antiguas vense obligadas á abandonar sus castillos, y se confunden en el polvo con las más pobres. Las más grandes riquezas, sólo son con frecuencia puras fantasías, y no duran más que mientras su dueño posee la suficiente falta de delicadeza y la suficiente fuerza brutal para explotar á los otros en su propio provecho, y forjarse ilusiones sobre lo que no existe. Con esto, pecamos constantemente en detrimento de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos, á quienes arrebatamos lo más indispensable, imponiéndoles al propio tiempo cargas insoportables. Nosotros mismos no pensamos en saldar poco á poco nuestras obligaciones, sino que endosamos á nuestros sucesores deberes de que sólo por la bancarrota podrán libertarse, si no quieren morir aplastados. El tra-



bajo, al cual vive constreñida la mayor parte de la humanidad, si quiere vivir, apenas satisface sus propias necesidades, y, no obstante, ni siquiera deja al obrero tiempo para respirar. Crisis generales, que, por otra parte, se reproducen con demasiada frecuencia, son necesarias á millares de jóvenes y mujeres, para que puedan aprender sus quehaceres domésticos. Desde el punto de vista del alimento, la suspensión del trabajo poco perjuicio les causa, pues la nutrición es insuficiente aun durante el tiempo de trabajo.

Fácil es comprender que semejante sistema debe extinguir todo asomo de religión, de consuelo, de educación, de moral; toda actividad intelectual. Las informaciones oficiales en Inglaterra han descubierto, en los subterráneos donde trabajaban, seres humanos que creían que su reina Victoria era un hombre, que jamás habían oído hablar de Londres, y que ni siquiera de nombre conocían á Inglaterra; seres que, á los 17 años, consideraban á Jesucristo, hijo de Dios y Redentor de la humanidad, en cuyo nombre habían sido bautizados—si, con todo, lo habían sido—como un genio maléfico, y al diablo como á un genio bueno; seres que, á toda tentativa de mejoramiento, respondían que no se tomasen tal molestia, pues antes convertirían al diablo que á ellos. <sup>(1)</sup> Nadie se extrañará de tan desconsoladores descubrimientos. En semejante exceso de trabajo, en miseria tan extrema, en un abatimiento moral y religioso tan absoluto, las fuerzas físicas y las intelectuales disminuyen prodigiosamente, y apenas si los desórdenes pueden ejercer aún sobre los nervios algún pasajero encanto. Así es como parece que debe finir, no sólo la sociedad, sino la humanidad entera.

Mas si las cosas han llegado á tal extremo, claro es que el socorro y el mejoramiento se imponen con premura, si es que todavía es posible el remedio.

(1) Marx, *Das Kapital* (4), I, 221, 450, 461 y sig., 620 y sig., 645 y sig., 675 y sig. Franco, *Populäre Antworten auf die Einwendungen gegen die Religion* (2), II, 375 y sig.

**2. Hay que huir de la exageración en sus dos aspectos.**—Pero ¿es posible aún la salvación? Muchos no tienen ya fe en ella, y, en parte por desaliento, en parte por malhumor, caen en tal estado, que no encuentran nada de bueno en la sociedad, ni quieren mejorar nada, alegrándose, por lo contrario, de que aumenten el desorden y las dificultades, y de que fracasen los mejores ensayos de mejoramiento.

Tales son principalmente los socialistas.

No podemos admitir que se considere todo como perdido. Todavía hay mucho de bueno, siquiera las ruinas sean numerosísimas. La humanidad es indestructible. La vieja creencia en Dios vive todavía. En estos tres principios fundamos toda nuestra esperanza. Pero lo que hay de cierto es que ha llegado la hora de trabajar en la salvación, que es preciso poner manos á la obra sin dilación alguna, que hay necesidad de un socorro serio, no de paliativos. Todo el mundo debe cooperar á esta obra de regeneración, hacerse apto para ella y ayudarse mutuamente.

Por otra parte, hay que precaverse con sumo cuidado contra el optimismo, contra las esperanzas exageradas y las promesas excesivas. Los que prometen una nueva era de felicidad, á condición de que se les deje hacer, nada mejoran, ningún bien pueden producir.

Semejantes políticos sociales, ó son niños incautos, ó peligrosos demagogos, y, en todo caso, olvidan ó niegan la verdad de la caída del hombre, así como la otra verdad, á saber, que no es capaz de un progreso indefinido. En todo caso, no admiten, mejor dicho, combaten la convicción sin la cual no es posible soportar la existencia, aquella convicción de que la penitencia y el sacrificio, la modestia y la renuncia de uno mismo, siempre son necesarios, aunque mejoren las circunstancias externas en la medida de lo posible en este mundo. En todo caso, fomentan en el pueblo el espíritu del materialismo y de las más fieras pasiones. En todo caso, trabajan por la revolución, pues si las masas, en sus desmedidas esperanzas, no encuentran el pa-



raíso en la tierra, todo lo destruyen, y llevan su furor hasta combatir á Dios mismo.

Por consiguiente, es ante todo necesario evitar la exageración por ambos lados: ni considerar el mal como indefinido é irremediable, ni pensar que no es posible realizar el mejoramiento.

Todos los que se ocupan en estas cuestiones deben tomar esto á pechos, pues es muy peligroso el perjuicio que se causa con semejantes extravíos. Se quiere ganar al pueblo, prometiéndole montes de oro. Se cree servir á la buena causa si se hace sospechosa la simpatía con que se mira la economía liberal, la cual no contiene absolutamente nada soportable en sus instituciones; se figuran defender los intereses de los oprimidos, tratando como enemigos del pueblo á los que le reprochan sus faltas y les predicán paciencia. Pero, en verdad, lo único que se hace con esto es fomentar las pasiones, alimentar la excitación y sentar falsos principios, lo que ciertamente clama venganza.

**3. La curación no debe ser superficial, sino, como lo es el mal, interna, espiritual y moral.**—Pero así como, de un lado, debe aconsejarse prudencia y moderación, hay que prevenirse, de otro, para no tomar las cosas á la ligera y superficialmente. Nunca se insistirá como es debido, ni con la suficiente frecuencia, en que no bastan únicamente los calmantes externos, ni los paliativos superficiales. El mal es interno y por dentro hay que curarlo.

Bajo este concepto, el socialismo es tan ligero de espíritu y de corazón como el liberalismo. Si éste cree remediar los males de la época con paliativos ó perfumados ungüentos, es decir, con frases científicas en apariencia, y con algunas deficientes medidas de mejoramiento, espera el socialismo la salvación mediante la aplicación de medidas violentas drásticas, tomadas de la antigua farmacia popular del albéitar y del descuartizador, en otros términos, quiere salvar la sociedad de un golpe, con medidas tan

violentas, que, ó producirán en ella un cambio radical y repentino, ó perecerá irremisiblemente. Así, pues, procede con tanta superficialidad como el liberalismo.

Ambos, como dice Schippel, parten de la errónea suposición de que es preciso buscar la raíz del mal exclusivamente en la situación social, <sup>(1)</sup> y de que bastaría mejorar la situación externa, para perfeccionar al hombre, pues éste es, como se complacen en decir, la pobre víctima y la obra de las circunstancias. Con esto, se revelan como simples curanderos, por lo que, examinar más detenidamente su procedimiento, sería perder el tiempo y aun incurrir en falta, ya que, si tiene uno en casa un enfermo, cuya sangre está envenenada, y no busca al médico, porque espera que los remedios que le han aconsejado como infalibles las comadres producirán su efecto, es responsable de su muerte, si ésta ocurre.

No basta, pues, buscar las causas de estos males simplemente en la situación externa, ó precisamente, como añade Schippel, <sup>(2)</sup> en la oposición entre el capital y el trabajo, lo cual hacen principalmente las clases acomodadas y las llamadas instruidas. En éstas, la situación no es, en verdad, mejor que en las demás, pues precisamente es tal en ellas, que con frecuencia se asombra uno de que el edificio social permanezca todavía en pie. Todo está corroído, como si las termitas hubieran pasado por ellas. Y aun casi es preciso no tocar con el dedo semejante situación, para que el edificio todo no se arruine. Falta completamente en estas clases elevadas la fe, la piedad, las buenas costumbres, el amor á la verdad, la seriedad. Hasta los mismos demócratas socialistas reconocen esto, y de aquí la severidad con que condenan la corrupción moral de las clases odiadas de la burguesía y de la aristocracia.

Pero con esto se acusan á sí mismos; pues ya hemos visto <sup>(3)</sup> que los hombres poco tienen que reprocharse mutuamente sobre este punto. En todas partes, arriba y abajo,

(1) Schippel, *Das moderne Elend*, 13.

(2) Schippel, *Das moderne Elend*, 250.—(3) Véase más arriba, XXI, 11.



en el rico y en el pobre, impera esa salvaje sed de adquisición y de goces, ese materialismo brutal, que con tanta exactitud pinta el poeta en las siguientes palabras:

«Los números embargan todos sus pensamientos. Sólo los mueve el interés. El lazo de amor queda reducido á la condición de vil mercancía. Se pesa el valor del hombre por sus rentas, y toda centella celeste se extingue en el fango». <sup>(1)</sup>

Por consiguiente, claro es como la luz del día que el mal es de naturaleza moral y espiritual. Si ha de tener lugar la curación, debe empezar el mejoramiento por el foco del mal. Todos los remedios externos sólo tendrán valor si el terreno en que deben operar se hace propicio.

**4. El hombre debe convertirse de nuevo en centro de la sociedad.**—Pero el terreno, el fundamento de la sociedad, es el hombre. El último motivo de la miseria social consiste en que las leyes é instituciones no se promulgan teniendo en cuenta la necesidad y la capacidad, el deber moral y el destino eterno del hombre, sino únicamente para fomentar la supuesta dicha de la humanidad, mejor dicho, para aumentar la masa de los bienes temporales disponibles. Así es como, á despecho de toda fraseología sobre el puro materialismo, se ha sacrificado al hombre con su conciencia.

Semejante situación exige un cambio radical. Allí donde hasta el presente han dominado fórmulas muertas y leyes abstractas, debe el hombre convertirse de nuevo en centro de la sociedad. Hasta ahora se han empleado medidas generales, procurando hallar instrumentos animados é inanimados para realizar los proyectos, arbitrariamente determinados, de política y de economía, sin preocuparse de si los hombres podían físicamente soportarlos, ó de si estaban en armonía con sus deberes morales y religiosos. De aquí la necesidad de que ahora se tenga en cuenta lo que al hombre es posible y ventajoso para sus necesidades espirituales y morales.

(1) Sallet, *Laienevangelium* (4), 324.

De aquí el deber de buscar la salvación de la sociedad, no sólo en disposiciones y medidas económicas, no sólo en el perfeccionamiento de las máquinas y ordenanzas sanitarias y de previsión para los trabajadores, sino ante todo en que el hombre vuelva á ser dueño del concierto económico y de la vida social. ¿De qué sirven los mejores inventos y leyes, si falta á los hombres lo necesario para realizarlos con fruto? Si los hombres son justos, hasta las situaciones imperfectas dejarán de ser perjudiciales. Si los hombres son malos, las mejores instituciones no sirven para nada, y aun se convierten en medios de destrucción.

Así, pues, lo que ante todo necesitamos son hombres nuevos y una nueva humanidad. Tenemos excesivas leyes nuevas y excesivos inventos; de ellos podemos deshacernos sin perjuicio, si hallamos quien quiera tomarlos de valde. Pero en cambio, es cada día mayor la necesidad de poseer hombres fieles, sabios, dispuestos al sacrificio, inaccesibles al soborno, capaces de dominar sus pasiones y concupiscencias; en una palabra, hombres á los cuales podamos confiar una empresa, y con los cuales podamos contar en un momento dado.

Pues bien, hay que hacer estos hombres.

**5. Vuelta á Dios.**—Pero nunca se llevará á feliz término esta empresa, si no volvemos á conducir el hombre á Dios. No vamos á demostrar aquí que toda educación humana, en los mejores casos, será imperfecta con relación á la virtud, si carece de religión. Ya hemos hablado suficientemente de ello en otra parte. Sólo diremos que las virtudes sociales—el trabajo, la paciencia, el sacrificio, la renuncia personal,—jamás serán duraderas y fuertes, si no se basan en el temor de Dios y si no se fortalecen para las muchas exigencias á las cuales habrán de resistir.

Pero no sólo necesitan de Dios los individuos para trabajar juntos en su provecho propio y en el de la sociedad, sino que la sociedad misma, que está completamente enferma, debe volver á Dios, al verdadero médico, á la fuente de vida y de salvación. En la apostasía de Dios tuvo



origen la enfermedad mortal de la sociedad. La situación social de la época es la prueba más evidente de que no cae en el vacío ninguna palabra pronunciada por la boca del que ha dicho: «Sabad y comprended que vosotros os hacéis el mal, y cuánta amargura os produce abandonar al Señor vuestro Dios». <sup>(1)</sup> Si esta profecía se ha cumplido, se cumplirá también la siguiente: «No quiero la muerte del que muere. Volved á mí y vivid». <sup>(2)</sup>

Verdad es que se dice: «No se puede vivir únicamente de la fe y del culto divino». Tampoco se quiere decir esto, cuando se afirma que la sociedad necesita de Dios para lograr su prosperidad. Ya se cuida Dios de que tengamos algo más que hacer que rezar. Por esto nos ha creado para el trabajo. Pero creemos que no hay necesidad de aducir pruebas para demostrar que el trabajo solo no basta para hacernos felices, que solos no podemos ser dueños de nuestra dicha; de ello es buen testigo la experiencia. «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajarán en ella los obreros. Inútil levantaros antes que el día. Pero si el Señor vigila por vosotros, podréis comer el pan del dolor, descansar y disfrutar del sueño que Él envía á sus amados, y reanudar el trabajo, y así alcanzaréis la herencia que os ha reservado». <sup>(3)</sup> Estas palabras deben descansar en la verdad y han debido ser confirmadas por la experiencia; de lo contrario, nuestros antepasados no hubieran formulado el proverbio: «Todo depende de la bendición de Dios».

#### 6. Vuelta á la vida moral, y, ante todo, á la justicia.

—Por consiguiente, es exacto que la cuestión social no se resuelve únicamente con la oración. Para ello se necesita trabajo, y, en verdad, trabajo muy serio; sólo que no hay que pensar inmediatamente en el trabajo económico, pues ya hemos indicado que existen muchos trabajos que son antes que el material.

(1) Jerem., II, 20, 19.

(2) Ezech., XVIII, 31, 32.

(3) Psalm. CXXV, 1 y sig.

El primero de todos los trabajos no es el que se hace con el arado ó el martillo, sino con el corazón. El fruto de la justicia <sup>(1)</sup> es más precioso y alimenta más que todos los frutos de la tierra. Allí donde no se cosecha este fruto, parece que la maldición ha caído sobre todas las demás plantaciones.

De hecho, es así. Millares de años han transcurrido desde que el Eterno profirió la siguiente amenaza por boca de su servidor Moisés, pero está tan fresca como si se acabase de pronunciar: «Si os negáis á escuchar la voz del Señor, vuestro Dios, y si no practicáis sus mandamientos, caerán sobre vosotros todas las maldiciones, y os aplastarán. Malditos seréis en las ciudades y en los campos. Malditos serán vuestros graneros, y malditos los frutos reservados en ellos. Edificaréis una casa, y no la habitaréis; plantaréis una viña, y no recogeréis el fruto. Sembraréis mucho en vuestras tierras, y recogeréis poco, porque todo se lo comerá la langosta. Por cuanto no habéis servido al Señor vuestro Dios, con la gratitud y alegría de corazón que exige la abundancia de todas las cosas que os había dado, os convertiréis en esclavos del enemigo que el Señor os enviará, y le serviréis con hambre, sed y desnudez, y necesitados de todas las cosas». <sup>(2)</sup>

Estas amenazas no han sido palabras sin efecto. Cuanto más trabajos y penas hay, tanto más necesitamos de la bendición divina. Nos enfurecemos contra los judíos, que han hecho presa en nuestro cuello como el león sobre la girafa, y no podemos deshacernos de ellos. «Habéis sembrado mucho y habéis recogido poco; habéis comido y no os habéis saciado; habéis bebido, y no habéis extinguido vuestra sed, os habéis vestido, y no os habéis calentado, y el que ha amontonado dinero, no se ha enriquecido, porque lo echó en saco agujereado». <sup>(3)</sup>

Pues bien, si somos capaces de recibir un aviso, si nues-

(1) Phil., I, 11.

(2) Deut., XXVIII, 15 y sig., 30, 33, 38, 47 y sig.

(3) Agg. I, 6, 6.